

TANCK DE ESTRADA, Dorothy: *Historia mínima ilustrada. La educación en México*, México, El Colegio de México, 2011, 393 pp.

Con motivo de celebrarse los 90 años de creación de la Secretaría de Educación

Pública en México, el Seminario de Historia de la Educación de la prestigiosa institución «el Colegio de México» edita este libro destinado a recomponer y explicar la trayectoria histórica de la educación en México.

Bajo la coordinación de la investigadora Dorothy Tanck de Estrada, especialista reconocida en la historia de la educación de México, sobre todo en el periodo de la Ilustración (remitimos a sus trabajos «La educación ilustrada» [1977], «Pueblos de indios y educación en el México colonial» [1999], difundidos y comentados en esta revista hace algunos años), el libro se estructura en diferentes apartados.

En el primero, dedicado al estudio de la educación en la etapa indígena, obra de Pablo Escalante Gonzalbo, se utilizan las fuentes hispánicas (por ejemplo el código Mendocino) para acercarse a la educación del mundo precolombino y sus instituciones para la educación de niños, jóvenes, hombres y mujeres, de diferentes procedencias sociales, la formación para la milicia o para el sacerdocio. Por ahí, de la mano del código Florentino, del código Borgia o la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, desfilan nombres con explícito contenido educativo como telpochcalli, calméac, cuicacalli e ichpuchcalli, y acompañados de preciosas fotografías de referencia y apoyo sobre escenas de premios y castigos, de los opuestos cósmicos y los gobernantes sagrados. Se comenta la transmisión del saber artesanal, el papel de los maestros en la enseñanza, la educación específica de las mujeres indígenas, las danzas y fiestas de la comunidad, la formación retórica, así como el inicio por parte de los frailes franciscanos de la enseñanza a los niños indígenas de las letras, artes y saberes llevados desde Europa.

El segundo, escrito por Pilar Gonzalbo Aizpuru, analiza la educación durante el virreinato y el nuevo orden colonial impuesto. Se estudia la educación impulsada por autoridades españolas y eclesiásticas, desde la creación de la primera universidad de México (1551) a las iniciativas educativas y evangelizadoras de los indios. Se enseña

el catecismo tridentino y la música religiosa y autóctona, la lectura y la escritura y diferentes catecismos en imágenes, en escuelas elementales, escuelas de amiga (para las niñas), y para ciertos grupos sociales se ofrecen estudios de humanidades, y más tarde para un sector aún más restringido de españoles, criollos y raramente indígenas, la universidad. La llegada de los jesuitas a partir de 1572 empujó aún más todo tipo de enseñanzas a los diferentes sectores sociales, sobre todo en las ciudades y en varios de sus numerosos internados. Pero la mayor parte de la población indígena, que habitaba en las zonas rurales, hasta muy avanzado el siglo XVIII tuvo como única enseñanza la catequesis impartida en los atrios de los conventos, pero de forma memorística. Sin saber leer y escribir los indígenas aprendían y recitaban el catecismo de la doctrina cristiana. También es cierto que muchos frailes enseñaban a los indios diferentes técnicas artesanales de los muchos oficios existentes en Europa o readaptados de los autóctonos. En el capítulo se recogen las formas de preparar a los clérigos para el posterior desempeño de los oficios eclesiásticos, y a las hijas de los pudientes y nobles la manera de dirigir honestamente la casa, la hacienda y los elementos de la vida religiosa.

El siglo de las luces en Nueva España (hoy México y buena parte de extensos territorios de los actuales USA) es analizado desde la faceta educativa por Dorothy Tanck de Estrada. Aparecen explicados los primeros signos de identidad nacionalista de México, la vida cultural y científica del siglo XVIII (principalmente de la capital, ya entonces la mayor ciudad de América, con cien mil habitantes), el peso de los jesuitas y la decadencia que genera su expulsión en 1767, y el conjunto de las instituciones ilustradas aportadas por la política modernizadora de Carlos III (escuela de cirugía, academia de San Carlos, cátedra de botánica, colegio de minería), así como la creación de escuelas primarias en muchos pueblos, por deseo expreso de la monarquía ilustrada, así como la introducción de novedades pedagógicas. La autora ofrece al

lector un interesante cuadro donde se detalla la cartografía escolar de México a finales del siglo XVIII, donde se demuestra el aceptable grado de implantación de escuelas primarias conseguido, así como jugosos comentarios sobre libros y materiales de enseñanza utilizados en el quehacer pedagógico. El capítulo finaliza con el estudio minucioso de la escuela primaria en los inicios del siglo XIX, antes de la emancipación, también con aproximaciones a sus métodos y materiales de enseñanza.

El cuarto capítulo, obra de Anne Staples, aborda la educación en México y el entusiasmo por la independencia. Primero para admitir una primera época en la que la culpa de todos los desmanes y la incultura del pueblo era de los antiguos gobernantes, y los criollos realistas, y del clero en especial, sin distinguir que la existencia de una educación católica dominante no suponía el control monopolista del clero y sus instituciones sobre toda la nueva educación mexicana. La autora destaca la influencia positiva que logra alcanzar la aplicación de la Constitución española de 1812 y el Reglamento de 1821, incluso después de la independencia, para comprender la razonable implantación de la escuela universal para todos. Algunas de estas propuestas no fueron bien aceptadas y aplicadas por los novohispanos. Sin embargo, ya a mediados del XIX se implantan las juntas lancasterianas y se inicia una tímida regulación del sistema de formación de maestros, junto al aumento de escuelas primarias para varones de forma evidente en este siglo, no de igual manera para las niñas. Es de interés observar que en la década de 1870 se percibe una influencia más intensa de los modelos educativos franceses, y de un catolicismo más abierto y secular, también tangible en las modas, vestidos, manifestaciones artísticas y culturales. Es una etapa de afirmación de la escuela obligatoria, y de configuración de la administración educativa. Se deja sentir la influencia de Comte y el positivismo. Las estadísticas escolares de 1875 que nos ofrece la autora representan de manera concluyente los éxitos y fracasos de un semimalogrado sistema nacional de educación al que le cuesta ofrecer

escuela obligatoria de ciertas garantías a los emergentes ciudadanos mexicanos.

En el quinto apartado son Engracia Loyo y Anne Staples quienes estudian la etapa crucial del fin del siglo XIX y de un régimen. Desde la muerte de Maximiliano y el primer gobierno de Porfirio Díaz México asiste a una de las etapas más ordenadas y modernizadoras en todos los campos de la economía, la organización social, los transportes, la administración, y también la escuela y su sistema. También fue una etapa de mayor desequilibrio social, pues unos se vieron muy favorecidos y otros permanecieron aún más inermes. Pero México se autoproclamó país ordenado, civilizado, moderno y progresista, hasta la fecha mágica de 1910. Las capas dirigentes, como minorías, se formaban de forma exquisita, en un plano equivalente a Francia o Alemania, en un contexto de emergencia del positivismo. Por el contrario, para la gran mayoría de mexicanos, indios principalmente, la oferta era de muy escasas y malas escuelas primarias, en el mejor de los casos. La historia, pues, de los centros de enseñanza que se repasan en este capítulo no deja de ser al fin la historia de las minorías dirigentes del nuevo y moderno México entre 1880 y 1910. Y para la mujer, la oferta de cierto nivel pasa de forma inevitable por la Escuela Normal, para ser maestra. A pesar de ser el Porfiriato en su final una etapa en que se inaugura la Universidad Nacional (1910), el estado real de la cultura del pueblo era desalentador en 1910, nada menos que el 70% de la población permanecía en el analfabetismo.

De nuevo Engracia Loyo, en el capítulo destinado a la educación del pueblo, se detiene en comentar las resistencias de algunos estados mexicanos a la aplicación de la escolarización generalizada del pueblo en la segunda década del siglo XX, y a la aceptación final de alfabetizar en castellano, como elemento cohesionante del nuevo estado federal. Durante los diez años de la revolución apenas si pudieron crearse dos centenares de escuelas. Tampoco la universidad pudo permanecer al margen del proceso revolucionario. Los años veinte, de la mano de la intervención de

Vasconcelos, representa una etapa de decidida reconstrucción educativa, y de modernización pedagógica y de alfabetización popular, los beneficios de la escuela en las zonas rurales e indígenas, así como una decidida incorporación de la mujer a la educación y la cultura.

Cecilia Greaves L. es la responsable del capítulo titulado «La búsqueda de la modernidad». A partir de 1940, después del cardenismo, se inicia en México una etapa de orientación conservadora, en política y en educación, que buscaba la preparación de ciudadanos imbuidos de fuerte nacionalismo, que daba fuerte protagonismo a la iniciativa privada, y que finalmente facilitó la construcción de un elevado número de escuelas, necesarias todas ellas en el conjunto del país. Las campañas para combatir el analfabetismo resultaron exitosas, sin duda, pero todavía se evidenciaban contrastes entre los diferentes estados, pues en un país de veinte millones de habitantes aún más de la mitad de ellos permanecía en el analfabetismo.

Finalmente, será Josefina Zoraida Vázquez quien en el capítulo que titula «Renovación y crisis» se detenga en ofrecer una lectura crítica de la educación en México desde 1964 a 2006. El desarrollismo y la industrialización del país comenzaban a demandar mejoras en las tasas de alfabetización, cambios de métodos y libros de texto, inversiones mayores en formación profesional, impulso a la investigación y las ciencias aplicadas, un nuevo modelo de universidad, y al fin una entrada en acción sin precedentes en la historia de México de la iniciativa privada, en detrimento de la escuela pública. Novedad de importancia fue el inicio de programas educativos de carácter bilingüe, dada la diversidad cultural y lingüística del país.

El libro concluye con una breve selección bibliográfica de las entradas más destacadas que sustentan lo que escriben, e imprescindibles para el conocimiento de la historia de la educación mexicana, y con un utilísimo índice analítico, que facilita al lector y al investigador el acceso más fácil y rápido de los temas y nombres que se presentan en la obra.

Las dimensiones del libro, formato presentado, estructura científica elegida,

tipo de papel utilizado, y un selecto elenco de imágenes y fotografías representativas de la historia de la educación mexicana, hacen de esta publicación una referencia obligada para lograr una comprensión más que suficiente del devenir histórico de la educación en México. Además, es un instrumento de aproximación que hace fácil y amena la tarea, porque la abundancia y calidad de los elementos icónicos utilizados resultan muy prácticas y provechosas al lector. Lo que podría considerarse como parte ornamental y de acompañamiento alcanza en realidad tanta relevancia o más que el texto escrito, por su adecuada selección y relevancia de los temas tratados.

Este cupo de autores de la obra reseñada, la mayoría mujeres, por cierto, miembros del Seminario de Historia de la Educación del Colegio de México, es muy conocido y reconocido en México e Iberoamérica, y también en ciertos ámbitos especializados del resto del mundo. Desde otras investigaciones y monografías precedentes, sólidas y científicamente contrastadas, cada uno de ellos sabe ofrecer una narración sencilla y ágil al lector de cierta cultura. Tal circunstancia, que es una garantía inicial para quien se encuentra con la obra, exime de otras explicaciones subsidiarias para recomendar la lectura. Así lo entendimos nosotros, y así lo sugerimos.

También en Historia de la Educación es preciso escribir y publicar libros de alta divulgación, bien escritos e ilustrados, para que el lector medio, un ciudadano imaginario, y al tiempo real, tenga acceso a temas histórico-educativos de importancia social y científica, aunque no sea necesario utilizar el formato de justificación de puntos de vista históricos con abundantes notas a pie de página, por ejemplo. Esto es lo que ocurre en la obra que presentamos, donde no se encuentra una sola nota a pie de texto, de las habituales, porque no son necesarias según el criterio de los autores (que en este caso compartimos), y porque la autoridad científica de los mismos que aquí escriben es la principal garantía de calidad del trabajo. Eso sí, al final se ofrece un elenco bibliográfico selecto, y suficiente, pensamos nosotros. Estimamos que este libro, por tanto, puede servir de muestra

de lo que los historiadores de la educación debemos hacer de vez en cuando, para no limitarnos a utilizar el corsé de escritos demasiado rígidos y científicos, pensados para un lector especializado, que en realidad es un colega, y que por tanto no es un lector normal de lo que se escribe.

Ofrecer al ciudadano medio y con cierta cultura una interpretación de la historia de la educación de México, siempre en el adecuado contexto cultural y político en que se desenvuelve, nos parece un acierto incuestionable. Explicar cómo y por qué se han producido los avances y retrocesos de la escuela primaria en la sociedad mexicana desde la etapa colonial hasta nuestros días, pero también del conjunto del sistema educativo, incluida la universidad, es reconocer la importancia social, política y económica que la educación de un país encierra para sus ciudadanos. Y por ello es conveniente restaurarla críticamente en su interpretación histórica, puesto que el ayer siempre nos ayuda a comprender mucho mejor el presente en todas sus dimensiones, también en la cultural y educativa.

JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DÍAZ